

DOC D. El nebuloso espejo peruano, Guillermo Pérez Flórez

Dicen que Perú es una nación ingobernable. No lo creo. El problema no son los gobernados, son los gobernantes. El peruano es un pueblo noble, trabajador y bueno, acostumbrado a ganarse la vida sin esperar que le den nada. [...] Ha sido víctima de ofensa tras ofensa, cuando lo único que quiere es un país normal y que lo dejen trabajar en paz. El problema, pues, no son los gobernados: son los gobernantes, que no saben gobernar, y ni siquiera les interesa porque solo buscan el poder y sus mieles.

También se dice —y también equivocadamente— que el país está en crisis. No. Quienes están en crisis son los políticos. “¿En qué momento se jodió el Perú?” se pregunta Zavala en *Conversación en la Catedral*. Desde los años ochenta, cuando eligió a Alan García, “Caballo loco”, e hizo un gobierno tan desastroso que terminó entregando el poder a un desconocido, Alberto Fujimori, y despreciando a un intelectual como Vargas Llosa. [...]

El Perú arrastra desde hace más de una década un grave deterioro institucional que podría perpetuarse en una estabilización de la inestabilidad, debido a una clase política cuyo único objetivo es mantenerse en el poder, dice José Manuel Ferrary, doctor en Historia y máster en Historia y Política Contemporánea. Es una especie de nueva normalidad. Durante este tiempo, se ha incubado un malestar social grande, en especial entre los jóvenes. Inicialmente, las protestas fueron contra la reforma del sistema de pensiones y la inseguridad, pero el descontento va más allá. Predomina una opinión negativa generalizada sobre los partidos políticos y el Congreso, y desconfianza en el poder judicial y en las fuerzas del orden.

La generación Z —los nacidos entre finales de los 90 y 2010— ha decidido tomar el toro por los cuernos y quiere ir a por todos: contra la casta que tiene secuestrada la política, y vive de ella. Estos jóvenes ya no quieren poner la otra mejilla. Influencers que agitan las redes sociales y beben en ellas, que se autoconvocan, sin estructuras jerárquicas ni liderazgos definidos. No van a conformarse con la cabeza de Dina Boluarte, porque saben que no valía nada. Muchos se identifican con la bandera de la calavera pirata de One Piece, una serie animada japonesa en la cual los protagonistas luchan contra un control militar oligárquico y autoritario.

La paradoja es que, a pesar de la corrupción, de todos los crímenes y de las violaciones de derechos humanos cometidos por Fujimori, Keiko —su heredera política— siga siendo un factor de poder determinante. Si no le quita el respaldo, Boluarte aún estaría en la presidencia. Y se lo quitó no por corrupta ni impopular (2% de apoyo) ni por buscar impunidad a los responsables de las muertes ocurridas durante las protestas en 2022, con la mal llamada ley de “soberanía nacional”, que pretendía retirar a Perú del sistema interamericano de derechos humanos. Nada de eso. Fue por puro cálculo electoral de ella y de los partidos que la sostuvieron “contra viento y marea pese a su evidente incapacidad para gobernar”, como lo afirma Luis E. González M, analista de Política Exterior en España. Vieron lo que viene.

Tras la salida de Boluarte por “incapacidad moral permanente” —¿existe incapacidad moral transitoria? —, la pregunta es cuánto tiempo durará José Jarí, un político cuestionado y sin prestigio. La crisis ha vuelto a empezar. Lo importante ahora ya no es saber cuándo se jodió Perú, sino cómo y cuándo se va a recuperar, para que sea un país como el que merecen los laboriosos y sufridos peruanos. [...]